

HISTORIA DE DOS VIDAS

José Santos Miranda Manzanillo.

HISTORIA DE DOS VIDAS

Luis nace en Viana de Duero en 1908, familia de 4 hermanos; Rosa en 1918 en Almarail, las dos familias con pocos recursos. En Soria y su provincia de 1900 a 1925 el 75% de la población tenía lo justo para vivir, pero si moría el padre o la madre aún era peor. El caso de Luis era peor, vivía en Viana con su madre “la Abuela Morena” que era de piel negra, ya que su padre había fallecido a los 12 años de casarse, dejando cuatro hijos, Luis de 11 años, una hermana de 8, otra de 6 y la pequeña de 3. Tienen muy poco para vivir los 5, unas fincas muy pequeñas, una vaca, una burra y dos cabras.

La Abuela Morena labraba y vivía con lo poco que tenía; Luis, el mayor con 11 años cuando salía del colegio ayudaba a su madre a labrar con una vaca y una burra. A los 14 años ya trabajaba en el campo de sirviente para los ricos. A los 16 años ya estaba de sirviente fijo ocho meses al año ayudando así a salir adelante a su madre y a sus hermanas. En 1937 sus jefes le decían, Luis búscate una moza y cástate, tus hermanas ya son mayores (tenían entonces 25, 23 y la pequeña 20 años). En aquellos tiempos ya en todos los lugares 40 km a la redonda se sabía de la capacidad de Luis para el trabajo (“vale por dos, fuerte, trabajador y responsable”): ocho meses estaba de empleado, los cuatro restantes trabajaba en casa ocupado en otros quehaceres (cortar leña, arreglar carretas, etc.). Luis era un hombre serio, poco hablador y de palabra firme (si decía sí nunca se volvía atrás).

En 1938 conoció a Rosa en Almarail y le pidió que se casara con él. Ella le contestó ocho días después. En 1939 se casaron; fue una boda sencilla y pobre. Se quedaron a vivir en casa de sus suegros a pesar de que ya eran cuatro en casa y con ellos dos seis. Cuando se casaron él tenía 30 años, Rosa 20. La vida siguió como siempre, ocho meses empleado de sirviente y cuatro en casa. Rosa era guapa, trabajadora y lista; vivían con lo mínimo pero con amor y amor no importaba sufrir, eran felices. Durmieron al principio en un colchón de lana en el suelo. Cuando pudieron se compraron una cama. Me contaba mi suegra, Rosa, que en el cumpleaños de Luis lo celebraban comiendo unas judías blancas, sin más, sin aceite, sin sebo, sin manteca, a pelo, pero con mucho amor y felicidad. Año tras año las cosas iban mejorando y ya tienen una vaca; en 1941 les viene el primer regalo del cielo, su primer hijo Pedro; mis suegros eran felices. Luis le decía a Rosa:

- cuando el niño ande y le quieras poner pantalones me lo dices y ya lo verás como visto a Pedro.

Llegado el momento el abuelo Luis un día por la noche le dice a Rosa:

- mañana me voy pronto Soria andando; prepárame un bocadillo y una botella de agua y dame las medidas en un papel.

¿Cómo lo vas a pagar le dice Rosa?.

- No sufras, amor, tengo bastante en el bolsillo.

El abuelo Luis llevaba tiempo ahorrando 50 céntimos por mes para los pantalones de su primer hijo; eso es amor, con tan poco se puede ser muy feliz. Amor y comprensión durante 50 años. Cruzaba el río Duero y a Soria en la barca. Cualquier hombre normal de su edad andando

tardaba mínimo 11 horas en ir y volver. Luis era un hombre alto, medía casi 1,90, e hizo el viaje en menos de 9 horas; volvió feliz, no le venció el cansancio ni le fallaron las piernas. A las 5 de la tarde ya estaba de vuelta en casa.

Me hubiera gustado ver la cara que pusieron Rosa y Luis al ver a su hijo con pantalones nuevos con 12 meses. Rosa y Luis, esta pareja de sorianos, como otros muchos, llevaron a sus ocho hijos a un bienestar que ellos no tuvieron. Los últimos veinte años de sus vidas, rodeados de sus hijos y nietos fueron buenos comparados con lo que habían pasado; fue una felicidad perfecta, dentro de lo que cabe, porque nadie en la vida tiene plena felicidad y nosotros tampoco somos dueños de nuestro destino.

Desde 1941 al 1960 Rosa y Luis tuvieron 8 hijos. Luis, menos los 15 días al año de fiesta grande, trabajaba 350 días a razón de 12 horas al día, más cuatro horas más (hasta 16 horas) durante los cuatro meses de verano en los que el día es más largo. No cobraba por días sino del 20 de marzo al 30 de Octubre (unas 3.000 pesetas en 1945, y unas 11.000 pesetas en 1960).

Volvemos a 1940, todo pobreza; el trabajo daba justo para mal vivir. Tras el matrimonio en unos años compraron una vaca y dos cerdos, uno para casa, el otro lo vendían. Entonces ya tenían tres hijos, Pedro de 6 años, Luis de 4 y Encarnación de un año. Cuando nació esta última mi suegro me contaba que se fue a llorar de alegría a la cuadra donde las vacas.

Recogían su cosecha. Rosa era como Dios, estaba en todas partes; parece que estuviera echando una competición con mi suegro Luis a ver quién trabaja más, si ella o su marido. Desde 1950 hacía de barquera. Día y noche la familia cuidaba del ganado de todo el pueblo en la dehesa; en verano y hasta que empezaba el colegio en septiembre al cargo quedaban su hijo Pedro de 12 años y mi esposa Encarna.

Almarail no tenía lavadero, solo el Duero; no tenía puente para cruzarlo sino una barca. El puente y la fuente se construyeron en 1956; en Aldealpozo, en mi pueblo la fuente llegó en 1912. En Almarail las familias que tenían dos o menos hijos, que eran las menos, aún lo pasaban bien; la mayoría sin embargo tenían 5, 6 y hasta 8 hijos y la vida no era fácil. Las madres eran mujeres fuertes, sufridoras y con pocos recursos. En un siglo la vida en España ha dado un giro de 360º. A partir de 1965 empezaron las modernidades (mi suegra dejó su pueblo en 1972). En 1965 se acabó el hogar de leña y llegó la cocina de gas y la lavadora; esto hizo felices a todas las madres, y madre solo hay una.

Mi suegra, Rosa, era incansable. Un día normal del mes de julio se levantaba a las 4 de la madrugada para traer trigo a la era; mientras tanto los niños solos en casa. Llegaban al pueblo con la carga a las 7 de la mañana. Luis a descargar la carreta, Rosa a dar una vuelta a casa a ver a los niños, a hacer la comida, lavar la ropa. A las 10 a trillar con el trillo; se pasaban 16 horas al día en la era, sacada una hora para la siesta.

En 1954 Rosa ya con cinco hijos hacía de barquera del pueblo, vaquera del ganado, las tareas de casa y por la noche hacía de practicante poniendo inyecciones a los enfermos del pueblo, fueran las 3 o las 6 de la madrugada, lloviera o nevar; siempre luchando por sacar adelante a sus hijos. El último hijo nació en 1952 cuando Luis tenía 52 años y Rosa 42.

Luis, una vez finalizaban los ocho meses de trabajo en el campo se dedicaba a cortar pinos para leña, hacer carbón en el monte, picar piedra, limpiar ríos, carreteras o de peón de albañil.

En 1960 se construyen las escuelas nuevas en varios pueblos; no le faltaba entonces el trabajo, al tiempo que veía a sus hijos crecer y a la espera de que pudieran ayudar en casa. De 1952 a 1956 trabaja en la construcción del puente sobre el río Duero. Luego se hizo la presa, el canal del riego, de cemento de 25 km de largo; toneladas y toneladas de cemento, 11 horas de trabajo diarias con frío, nieve, etc.

En casa de Luis y Rosa nunca se quejó nadie, nunca discutieron a pesar de ir mal con la comida, pues aún no se habían acabado las penurias de la guerra y ya eran diez bocas en la mesa. Desde muy pequeños, los dos hijos mayores, Pedro y Luis ayudaron en casa.

Me contaba mi esposa Encarna que su padre Luis al volver a casa Rosa y él siempre tenían unas palabras. A veces ella le reñía porque había dejado parte de la merienda que le había echado para el día. Ejemplo, si para el día le ponía tres costillas, un chorizo y una tortilla, el dejaba un trozo de chorizo y media tortilla para comer en casa. Rosa le reprendía diciéndole:

- Si caes malo lo pasaremos todos peor.
- Eso lo dejo para mis hijos, respondía Luis.

No le importaba trabajar como una mula y comer menos. Luis era todo corazón y bondad. Los hijos le decían a los 62 años, venga Padre coja ya la jubilación, pero él siguió trabajando hasta los 67. Cincuenta años trabajando para la jubilación. Su hija Encarna y yo subimos los papeles a Soria; sólo le quedaron 11.000 pesetas de pensión; a sus compañeros que habían trabajado con él les quedaron 15.000. Sus hijos y yo indagamos con las cotizaciones que habían pagado sus empresas y al final descubrimos que no habían cotizado por él; también descubrimos que Luis había elegido trabajar por un sueldo superior (900 pesetas) pero sin asegurar, frente a las 700 que ganaban sus compañeros pero con seguro; doscientas pesetas más al mes en una casa con tantas bocas eran no necesarias, imprescindibles. Luis nunca pensó en su jubilación. Al final cobró 26 años la pensión, hasta los 93 años. Cuando se jubiló su hijo menor tenía 15 años.

Dios, que dicen es justo, a veces no lo es y llegan momentos en los que se pierde toda esperanza y como en cada familia la vida daba bandazos De 1980 a 1993 se fueron cinco de la familia: un hijo, Pascual con 28 años, una nuera, Felisa con 45, Alejandro, hermano de Rosa con 54. El abuelo Luis dice que porqué no le ha venido la muerte a buscar a él que ya tiene 80 años; poco más tarde muere la abuela Rosa con 72.

En 1993, la esposa del que escribe se va rápido, con 46 años y sólo cuarenta días de enfermedad, y yo, me veo con 53 años viudo con 3 hijas y un hijo; fue muy duro salir adelante. Mi suegro y yo nos consolábamos entonces el uno al otro para seguir adelante con esa vida que nos dicta Dios, ese Dios que muchas veces no es justo.

Unos años después recuperamos un poco de felicidad “entre comillas”. Durante 40 días mi suegro venía a casa; lo cuidaban sus nietas mayores y jugaba con los pequeños. El y mi suegra Rosa se lo merecían todo. Dieron amor y recibieron amor. Fue una vida con pocos recursos materiales pero con mucha comprensión, paciencia y sin quejas; solo trabajo, mucho trabajo.

Empecé a convivir con mis suegros en 1967. Entonces, cuando todo me iba bien murió mi madre, y el abuelo Luis y Rosa me dieron todo el cariño y amor que me faltaba. Eran especiales y yo era un hijo más; nos entendíamos mutuamente.

En su memoria, mis hijos y yo subimos a Almarail cada año y todas estas páginas las escribo con amor y en recuerdo de los que nos faltan y que nos mandan desde el cielo energía y salud a los demás.